

An aerial photograph of a town with a river, serving as the background for the document. The town has many buildings with corrugated metal roofs, and the river flows through the landscape.

Mojana

CLIMA Y VIDA
APRENDIENDO A ADAPTARNOS AL CAMBIO CLIMÁTICO

Entre semillas: El papel de las mujeres como agentes de cambio en La Mojana



**Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo - PNUD en
Colombia**

Claudio Tomasi

Representante Residente

Carla Zacapa Zelaya

Representante Residente Adjunta

Jimena Puyana

Gerente Nacional de Desarrollo
Sostenible

Diana Díaz Rodríguez

Coordinadora de proyecto

Mayda Roldán

Asociada Técnica en Género

*Los contenidos de este documento
pueden ser reproducidos en cualquier
medio, citando la fuente. Propiedad
del Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo – PNUD y del Fondo
Adaptación. Colombia © 2026*

Financiamiento

Fondo Verde del Clima

Tabla de contenido

Introducción	4
Agradecimientos	5
I. Conversaciones posibles: sembrando la corresponsabilidad en La Mojana	6
II. Semillas, conservación y vínculos comunitarios: Atributos del cuidado rural	9
Conservación y cultura ambiental.....	10
El caso del cagüí: memoria y resiliencia socioambiental	11
Recuperación del mangle y educación ambiental en Ayapel	12
Conservación ambiental como proceso pedagógico en La Mojana	13
Rescate de semillas nativas y conocimiento ancestral	13
Recuperación de la memoria indígena en El Pital	14
III. Organización comunitaria y fortalecimiento del tejido social	15
Asociación comunitaria y liderazgo femenino en La Mojana	17
IV. Intercambios de conocimientos y redes de mujeres	18
V. Agroecología y Mujer	19
VI. Conclusión.....	20

Introducción

En La Mojana, las mujeres rurales —campesinas, pesqueras y en su más amplia diversidad— han venido liderando de manera revolucionaria la implementación de la agroecología. Han convertido sus patios en verdaderos centros productivos, mediante la siembra de semillas nativas adaptadas al clima, lo que les ha permitido dejar de depender de la compra de alimentos esenciales y producirlos de forma sostenible y limpia.

Este proceso ha impulsado el rescate de especies tradicionales como el fríjol, el tomate mano de tigre, el mangle y el cagüí, fortaleciendo la diversidad biocultural del territorio. Sus hogares funcionan hoy como escuelas de cuidado y transmisión de saberes, donde se gestan prácticas de resiliencia comunitaria y se consolidan modelos de producción que integran la soberanía alimentaria con la adaptación climática.

En La Mojana, las mujeres no solo han liderado la implementación de la agroecología, sino también procesos de transformación en las relaciones de género. Desde lo cotidiano, han promovido la corresponsabilidad en el hogar, involucrando a los hombres en las tareas de cuidado y en la producción agroecológica.

Estos avances, aunque emergen de prácticas domésticas y comunitarias, tienen un impacto profundo en las estructuras tradicionales de poder, cuestionando roles establecidos y abriendo paso a nuevas formas de convivencia. Se trata de un proceso que articula la soberanía alimentaria con la equidad de género, consolidando un modelo de resiliencia que fortalece tanto la sostenibilidad ambiental como la justicia social en el territorio.

Este documento tiene como objetivo visibilizar el liderazgo y la agencia de las mujeres de La Mojana, así como las buenas prácticas implementadas por las participantes del Programa Mojana, Clima y Vida. A través de cuatro historias de vida, se documentan procesos de empoderamiento y transformación liderados por ellas en sus familias y comunidades, contruidos desde los cuidados rurales.

Las experiencias narradas reflejan acciones concretas como la implementación de agroecosistemas, la recuperación de semillas nativas, la restauración de ecosistemas y otras prácticas que sostienen la vida rural. Estos procesos no solo fortalecen la resiliencia socioambiental, sino que también consolidan modelos

de convivencia y producción que integran la soberanía alimentaria, la equidad de género y la adaptación climática en el territorio.

Agradecimientos

Este documento ha sido posible gracias a las valiosas contribuciones de cuatro mujeres productoras, quienes, con su voz, sus historias y su liderazgo, han transformado La Mojana.

Expresamos nuestro profundo agradecimiento a Katherine Toro Madera, representante legal de la Asociación Agroambiental Perú Contigo en el municipio de Ayapel (Córdoba), por su compromiso en la consolidación de prácticas agroecológicas y comunitarias.

Asimismo, reconocemos a Dayana Herrera Martínez, mujer joven y lideresa de la misma asociación, por mostrar cómo las nuevas generaciones están heredando, adaptando y transformando los saberes agroecológicos, al tiempo que impulsan cambios en los roles de género dentro de su comunidad.

Agradecemos también a Sarmis Elena Méndez, mujer indígena integrante de la Asociación APAPI del Cabildo indígena El Pital, en el municipio de San Marcos (Sucre), por su valioso testimonio sobre la relación entre agroecología e identidad, que fortalece la conexión entre prácticas productivas y raíces culturales.

Finalmente, reconocemos a Lilis García, representante de la Asociación ASOPROAMBI del municipio de Achí (Bolívar), cuyo liderazgo ha venido tejiendo nuevas formas de habitar la ruralidad, integrando sostenibilidad, cuidado comunitario y resiliencia frente a los desafíos ambientales.

I. Conversaciones posibles: sembrando la corresponsabilidad en La Mojana



En La Mojana, las mujeres han liderado transformaciones profundas que se reflejan tanto en el paisaje productivo como en las dinámicas sociales. Durante años, en las comunidades rurales los roles de género estuvieron claramente definidos: los hombres como proveedores y las mujeres como cuidadoras dedicadas al hogar.

Sin embargo, la implementación de agroecosistemas y los procesos de formación promovidos por el Programa Mojana, Clima y Vida del PNUD posibilitaron que Dayana, Katherine, Sarmis y Lilis impulsaran “conversaciones posibles” que comenzaron a transformar la cotidianidad. Estas conversaciones cuestionaron los roles de género arraigados y promovieron nuevas formas de corresponsabilidad en el hogar, en los agroecosistemas y en la comunidad.

En estos espacios, las mujeres empezaron a expresar lo que antes callaban: sus deseos de participar, aprender, liderar y compartir responsabilidades. A partir de ello, algunos hombres comenzaron a reconocer el sentido y la importancia de los espacios de formación a los que asistían sus parejas.

Como lo resume de manera sencilla Sarmis Elena Méndez, mujer indígena de la Asociación APAPI del Cabildo indígena El Pital, estas conversaciones fueron el

punto de partida para abrir caminos hacia la equidad de género, la participación comunitaria y la resiliencia socioambiental en el territorio.

“Al principio él no apoyaba que yo asistiera a las reuniones, pensaba que esos espacios eran para que las mujeres se revelarán. Pero yo le expliqué que lo que aprendía allí era para ayudarnos a manejar mejor el hogar. Si tú trabajas y yo trabajo, le dije, son dos ayudas que entran a la casa. Y así lo entendió. Ahora compartimos, sembramos juntos, y lo que tenemos es fruto de los dos.”

Por su parte, Katherine Toro, de la Asociación Agroambiental Perú Contigo, recuerda que:

“Antes el hombre nos veía como que nosotras somos las que debemos estar en la casa, el decidía qué se hacía y cómo se hacía. Yo le fui explicando lo que iba aprendiendo y ahora hoy no, mientras yo cocino, él barre la casa, (...) ellos despertaron y vieron las capacidades que nosotras como mujeres tenemos, tanto en la casa como en las huertas, se dieron cuenta que podemos desarrollar cosas que traen beneficio a la comunidad y que ellos como que vieron que esto lo podemos hacer juntos y lo que tenemos que hacer es ayudarlas”.

En La Mojana, los pequeños gestos cotidianos se convirtieron en el tejido de una revolución silenciosa y estratégica, impulsada por la sabiduría y la paciencia de las mujeres. A través de las llamadas “conversaciones posibles” —que emergían alrededor del desayuno, durante el almuerzo o antes de dormir— lograron abrir espacios de diálogo que transformaron las relaciones de género en sus hogares y comunidades.

Gracias a estos procesos, los hombres comenzaron a asumir el trabajo doméstico como una responsabilidad compartida, y se vincularon de manera activa en las tareas de cuidado rural, especialmente aquellas derivadas de los agroecosistemas. Así, lo que parecía un cambio íntimo y cotidiano se consolidó como un avance profundo en la corresponsabilidad y la equidad, cuestionando estructuras tradicionales y fortaleciendo la resiliencia comunitaria.

El testimonio de Dayana Herrera, una mujer joven de la Asociación Agroambiental Perú Contigo, así lo demuestra:

“Mi abuelo era muy machista, pero ya se le ha ido quitando. Cuando mi abuela se va al vivero, él mismo hace la comida, alimenta a los animales y riega las plantas. Ha aprendido a hacerlo solo. Y los hombres mayores que antes no querían ni tomarse una foto, ahora son los primeros en pedir que los graben para contar lo que hacen con nosotras”.

Estas transformaciones fueron posibles gracias al liderazgo de las mujeres, quienes han demostrado que en La Mojana la agroecología no se limita a la siembra de semillas. Lo que allí ocurre es la construcción de nuevas formas de relacionarse, cuidar y convivir, donde cada práctica agroecológica se convierte en un acto de innovación social y en un mecanismo para fortalecer la resiliencia comunitaria.

La agroecología, impulsada por ellas, se consolida como un proceso que articula la producción sostenible con la equidad de género, generando un modelo de convivencia que transforma tanto la vida rural como las estructuras sociales tradicionales.

Las mujeres han sabido esperar con paciencia y situar el diálogo en el centro de sus relaciones familiares, utilizándolo como una herramienta transformadora. A través de estas conversaciones, lograron demostrar a los hombres que su participación en espacios de liderazgo y conocimiento no representaba una amenaza para la familia, sino que, por el contrario, la fortalecía.

Los hombres, al comprender este mensaje, se vincularon de manera activa y colaborativa, reconociendo que otras formas de habitar las masculinidades son posibles. Este proceso no solo consolidó la corresponsabilidad en el hogar y en el cuidado rural, sino que también abrió camino a una reconfiguración de roles de género, generando nuevas dinámicas de convivencia y resiliencia comunitaria.

II. Semillas, conservación y vínculos comunitarios: Atributos del cuidado rural

En el marco de la implementación de los agroecosistemas promovidos por el Programa Mojana, Clima y Vida, las mujeres lideran y practican una serie de acciones que no deben entenderse de manera aislada, sino como parte de un entramado interconectado que responde a la categoría de cuidados rurales. Estos cuidados rurales engloban actividades productivas, reproductivas, de conservación ambiental y de fortalecimiento comunitario, que sostienen la vida en la ruralidad. Por vocación y compromiso, las mujeres mojaneras han venido liderando estas prácticas desde sus territorios, consolidando un modelo de resiliencia socioambiental que integra la producción sostenible con la equidad de género y la cohesión comunitaria.



Los testimonios de Katherine, Lilis, Dayana y Sarmis permiten evidenciar que las mujeres ejercen múltiples roles que con frecuencia son invisibilizados. No solo actúan como madres y esposas, sino que también son agricultoras, cuidadoras del medio ambiente, promotoras comunitarias y lideresas comprometidas con el fortalecimiento del tejido social y comunitario en sus territorios.

Su liderazgo trasciende el ámbito familiar y comunitario, aportando de manera directa a la mitigación del cambio climático y a la resiliencia de los ecosistemas. En este sentido, las mujeres se consolidan como agentes climáticas, capaces de articular prácticas de producción sostenible con acciones de conservación y cohesión social.

A continuación, se detallan las principales actividades de cuidado rural en las que las mujeres son lideresas y protagonistas, reafirmando su papel como verdaderas agentes de transformación socioambiental.

Conservación y cultura ambiental

Las mujeres han desarrollado una conciencia ambiental producto de una ética del cuidado, que las ha motivado a emprender acciones decididas para mitigar los efectos negativos del cambio climático, fácilmente perceptibles en sus entornos cotidianos.

En palabras de Katherine, este compromiso no surge únicamente de la necesidad de proteger los ecosistemas, sino de la convicción de que el cuidado de la tierra es también el cuidado de la vida comunitaria. Su liderazgo refleja cómo la práctica agroecológica se convierte en una estrategia integral de resiliencia socioambiental, donde cada acción de conservación fortalece tanto la naturaleza como los vínculos sociales.

“(...) Como decía ella, el sembrar, el proteger siempre las hortalizas o los árboles que ya estaban. El hecho de que ya sabíamos de que por haber acabado con todo lo que había es lo que estaba causando los impactos del medio ambiente que son fuertes en nuestro territorio. Entonces yo dije, hay que trabajar. Me dije a mí misma, hay que trabajar para empezar a contrarrestar esto.”



El caso del cagüí: memoria y resiliencia socioambiental

El caso del cagüí una especie de árbol que antes abundaba en la región, reconocido por su madera fina utilizada en la elaboración de camas y muebles, ha desaparecido casi por completo en algunas zonas. Sin embargo, gracias al liderazgo de mujeres como Katherine, hoy se preserva un único bosque en la comunidad de Perú, donde resisten algunos ejemplares de esta especie, y en el que Katherine espera construir un sendero agroecológico-turístico para promover a su vez la conciencia ambiental.

En la comunidad de Nueva Victoria, el liderazgo de Lilis García ha sido fundamental para la preservación de los ecosistemas locales. A partir de sus saberes tradicionales y prácticas agroecológicas, Lilis ha promovido procesos de conservación ambiental que fortalecen la resiliencia comunitaria frente al cambio climático.

Su acción se caracteriza por la articulación entre conocimiento ancestral y estrategias de sostenibilidad, lo que ha permitido consolidar iniciativas de cuidado de los bosques y de protección de especies nativas. Este enfoque evidencia cómo las mujeres lideresas, desde sus territorios, se convierten en agentes climáticas capaces de integrar la dimensión cultural con la gestión socioambiental.

“Cada árbol tiene su función en el ecosistema. Cada árbol presta un servicio diferente. Unos son de protección, otros son para alimentar a los pájaros. Es un complemento que se hace entre ellos. (...) Muchos no querían sembrar el pintamono porque era puyoso. Pero entonces nosotros les explicamos que cada árbol cumplía una función, unos protegen, otros alimentan, otros descontaminan.”.

Por su parte, Dayana mujer joven perteneciente a la organización de Katherine ha dado inicio a una iniciativa para recuperar el mangle un arbol muy importante para la ciénaga, esta iniciativa busca vincular a niñas, niños y adolescentes del casco urbano de Ayapel, quienes, según ella, han perdido el vínculo con la vida rural:

Recuperación del mangle y educación ambiental en Ayapel

Por su parte, Dayana Herrera Martínez, mujer joven perteneciente a la organización liderada por Katherine Toro, ha iniciado una iniciativa de recuperación del mangle, especie arbórea de gran importancia ecológica para la ciénaga de Ayapel. El mangle cumple funciones esenciales en la regulación hídrica, la protección de la biodiversidad y la estabilidad de los ecosistemas acuáticos, por lo que su restauración representa un aporte estratégico a la resiliencia socioambiental de la región.

La propuesta de Dayana se distingue por su enfoque pedagógico y comunitario: busca vincular a niñas, niños y adolescentes del casco urbano de Ayapel, quienes, según ella, han perdido progresivamente el vínculo con la vida rural y con los saberes tradicionales asociados al cuidado de los ecosistemas. A través de actividades de formación, jornadas de siembra y procesos de sensibilización, la iniciativa pretende reconectar a las nuevas generaciones con la naturaleza, fomentando una cultura de responsabilidad ambiental desde edades tempranas.

Este esfuerzo evidencia cómo el liderazgo juvenil femenino puede articular conservación y educación ambiental, generando un impacto doble: la recuperación de una especie clave para la ciénaga y la construcción de ciudadanía ambiental en el territorio.

“Estoy haciendo como un grupo también de mis amigos para volverles a sembrar estos árboles nativos de la región y también que se adapten al agua, a la sequía, sembrarlos en la ciénaga. ¿Esto para qué? Esto es como para hacer un día importante en Ayapel en sembrar árboles, o sea, un día exclusivo en el año y ahí vamos viendo cómo nos va”.

Estas iniciativas lideradas por mujeres evidencian que la conservación ambiental en La Mojana no es solo una práctica técnica, sino un proceso pedagógico que permite la sensibilización comunitaria y la movilización de nuevos liderazgos que serán claves para sostener las medidas de mitigación que vienen liderando las mujeres.

Conservación ambiental como proceso pedagógico en La Mojana

Las iniciativas lideradas por mujeres en La Mojana evidencian que la conservación ambiental trasciende la dimensión estrictamente técnica. Se configura como un proceso pedagógico y comunitario, en el que la transmisión de saberes, la sensibilización y la formación de nuevos liderazgos resultan esenciales para sostener las medidas de mitigación frente al cambio climático.

El trabajo de Katherine en la preservación del bosque de cagüí, de Lilis en la conservación basada en saberes tradicionales y de Dayana en la recuperación del mangle con participación juvenil, demuestra que la educación ambiental es un eje transversal que fortalece la resiliencia socioecológica. Estas acciones generan conciencia colectiva, movilizan a distintos sectores de la población y consolidan un modelo de gobernanza ambiental inclusiva, donde las mujeres lideresas se convierten en catalizadoras de cambios culturales y sociales.

De esta manera, la conservación en La Mojana se entiende no solo como una práctica de manejo de recursos naturales, sino como un proceso formativo y transformador, capaz de articular la técnica con la pedagogía y de proyectar la sostenibilidad a través de la participación comunitaria.

Rescate de semillas nativas y conocimiento ancestral

La implementación de agroecosistemas en los patios de las mujeres ha promovido la recuperación de semillas nativas y la revitalización del conocimiento ancestral de sus comunidades. Este proceso no solo garantiza la

seguridad alimentaria, sino que también fortalece la identidad cultural y la resiliencia socioambiental frente a los efectos del cambio climático.

“Bueno, aparte del tomate mano de tigre, el mangle, porque la ciénaga de Ayapel era llena de mangles y quedó sin mangles, entonces iniciamos a rescatar la semilla del mangle. El dorado, también una semilla nativa del agua. Y lo que te contaba ahorita, el cagüí. No hemos conseguido lo que es el caoa, que también eran árboles de allá”.

Por su parte, Ligia afirmó:

(...) “Allá se había perdido un poco el frijol y una semilla que es sencilla y agradecida, porque casi toda nace. Con la Universidad de Córdoba llegó nuevamente la semilla del frijol a la comunidad”.

Desde El Pital, Sarmis Martínez de la Asociación APAPI comparte su experiencia, que responde a un compromiso colectivo de recuperar la memoria de sus ancestros indígenas:

Recuperación de la memoria indígena en El Pital

Desde el cabildo indígena de El Pital, Sarmis Elena Martínez, integrante de la Asociación APAPI, comparte una experiencia que responde a un compromiso colectivo de recuperación de la memoria ancestral. Su liderazgo se fundamenta en la reivindicación de los saberes de sus ancestros indígenas, vinculados a la agroecología, la identidad cultural y la relación armónica con el territorio. La



iniciativa de Sarmis se orienta a rescatar prácticas tradicionales de cultivo y cuidado ambiental, que habían sido invisibilizadas por la expansión de modelos productivos externos. Al recuperar estas memorias, la comunidad fortalece su autonomía alimentaria, reafirma su identidad y contribuye a la resiliencia socioambiental de La Mojana.

Este testimonio evidencia que la conservación ambiental no puede desligarse de la dimensión cultural e histórica, pues la memoria indígena constituye un pilar para la sostenibilidad y para la construcción de un modelo de gobernanza territorial basado en la participación comunitaria y el respeto por la diversidad cultural.

“También hemos rescatado el mangle, que también por la orilla de la ciénaga había mucho mangle. Entonces también rescataron mangles y el dorado. (...) Cuenta mi papá, mi abuelo, que ese árbol, teniéndolo en las zonas de las orillas del agua, de los arroyos, protegía la pesca, el dorado, porque los pescaditos (bocachico) permanecían diarios debajo de él porque él aflora una fruta que le gusta”.

Estos testimonios evidencian que la recuperación de semillas nativas ha sido un acto de reconexión con sus memorias ancestrales, que estaban silenciadas y que se activaron gracias al impulso que ha dado el Programa Mojana Clima y Vida. Estas historias de vida evidencian como las mujeres han tenido un liderazgo clave y transformador en sus comundidades, no solo han transformado el paisaje de sus territorios, sino que han logrado fortalecer su identidad y conexión con su orígenes. A través de estas prácticas de cuidado rural las mujeres se posicionan como guardianas del conocimiento ancestral y de la memoria colectiva.

III. Organización comunitaria y fortalecimiento del tejido social

La organización comunitaria y la consolidación de estructuras organizativas representan iniciativas estratégicas para el fortalecimiento del tejido social en La Mojana. Estos procesos, liderados en gran medida por mujeres, han permitido construir territorios más cohesionados, con capacidad de autogestión y resiliencia socioambiental.

Liderar, promover y sostener estas dinámicas constituye una expresión del cuidado rural, ya que son elementos esenciales para el bienestar colectivo y la vida comunitaria. La participación activa de las mujeres ha sido decisiva en la creación de espacios de confianza, cooperación y corresponsabilidad, que hoy se traducen en comunidades con mayor capacidad de respuesta frente a los desafíos ambientales y sociales.

En palabras de Katherine Toro Madera, representante de la *Asociación Agroambiental Perú Contigo*:

“La llegada del Programa Mojana, Clima y Vida dio un giro de 180 grados a nuestra comunidad.”

Este testimonio refleja cómo la organización comunitaria se convierte en un pilar de la gobernanza territorial, articulando la dimensión técnica de la conservación con la dimensión social del cuidado rural.

“Se ha cambiado, primero que todo, la organización de la vereda. Se hizo elección de la Junta de Acción Comunal, se fortaleció nuestra asociación, y hemos ido avanzando, cuando PNUD entró estábamos muy desorganizados con los residuos (...) los residuos orgánicos ya los transformamos en madera, en cosas que le ayuden al medio ambiente, tal vez a enterrarlos, no a quemarlos, porque es un método de contaminación”

Por su parte, el testimonio de Dayana Herrera Martínez, mujer joven de la misma comunidad, destaca cómo estos cambios han impactado también en la percepción del rol de las mujeres. Su liderazgo en la recuperación del mangle y en la vinculación de niñas, niños y adolescentes del casco urbano de Ayapel ha visibilizado que las mujeres no solo son cuidadoras del hogar, sino también gestoras de procesos ambientales y sociales con capacidad de incidir en la vida comunitaria.

Dayana señala que la participación femenina en iniciativas de conservación y educación ambiental ha generado un reconocimiento social distinto, donde las mujeres son vistas como referentes de innovación, sostenibilidad y formación

de nuevas generaciones. Este cambio en la percepción comunitaria constituye un avance significativo hacia la equidad de género, pues legitima la voz y la acción de las mujeres en ámbitos tradicionalmente liderados por hombres.

De esta manera, su experiencia confirma que la conservación ambiental en La Mojana no solo protege los ecosistemas, sino que también transforma las estructuras sociales, abriendo camino a una redistribución de roles y responsabilidades en la vida rural.

“La mujer siempre ha hecho algo por el medio ambiente y no nos dábamos cuenta. Ahora sí creo que nos han aprendido a valorar estos trabajos que hacemos nosotras las mujeres y sobre todo en la comunidad que gracias a todo esto nos han llegado beneficios como los trabajos y, hacernos conocer como asociación”.



Asociación comunitaria y liderazgo femenino en La Mojana

Dayana Herrera Martínez y Katherine Toro Madera hacen parte de una misma asociación conformada y liderada mayoritariamente por mujeres, que ha logrado movilizar procesos de fortalecimiento comunitario y de transformación del rol femenino en las comunidades.

Sus acciones han contribuido a fomentar la cooperación colectiva como estrategia para enfrentar los impactos del cambio climático, articulando la conservación ambiental con la cohesión social. Este modelo organizativo ha permitido que las mujeres sean reconocidas no solo como cuidadoras del

entorno, sino como gestoras de procesos de resiliencia socioambiental, capaces de incidir en la gobernanza territorial y en la construcción de comunidades más equitativas y sostenibles.

La experiencia demuestra que el liderazgo femenino en La Mojana no se limita a la implementación de prácticas técnicas de conservación, sino que constituye un motor de transformación comunitaria, donde la participación activa de las mujeres fortalece la capacidad de autogestión y proyecta un futuro con mayor justicia social y ambiental.

IV. Intercambios de conocimientos y redes de mujeres

El intercambio de conocimientos entre mujeres se ha consolidado como una estrategia potente para expandir aprendizajes y fortalecer las acciones de agroecología. Estos espacios funcionan como nichos de conocimiento vivo, donde se comparten experiencias, semillas nativas y saberes ancestrales que permiten sostener prácticas productivas resilientes frente al cambio climático.

A pesar de las barreras estructurales —como la precarización económica y las distancias geográficas que suelen limitar la continuidad de estas iniciativas— las mujeres han logrado organizar encuentros periódicos que se convierten en redes de colaboración y solidaridad. En cada intercambio, se generan dinámicas de trueque de semillas y transmisión de saberes, que no solo fortalecen la seguridad y soberanía alimentaria, sino que también consolidan la identidad cultural y la cohesión social en los territorios.

Estas redes demuestran que la agroecología no es únicamente un conjunto de prácticas técnicas, sino un proceso colectivo y pedagógico, donde las mujeres lideresas actúan como guardianas del conocimiento y como impulsoras de nuevas formas de relacionarse con la naturaleza y con la comunidad.



El testimonio de Katherine es una muestra de ello:

“Entonces uno ahí como que, si uno no despierta con esas cosas y más cuando ya uno empieza a capacitarse, a compartir, a ir a un lado, a ir al otro... por ejemplo, las muchachas tuvieron un intercambio de viveros y llevaron unas anotaciones. ¡Muchachas, miren lo que aprendimos allá, lo podemos hacer así!”.

En la misma perspectiva, Lilis menciona:

“Entonces esos intercambios son los que más nos han fortalecido. ¿Y qué ha sido? De comunidad en comunidad. Que de pronto uno no lo hacía porque sus recursos no le daban. Y con este acompañamiento o el apoyo que nos ha dado el programa, se nos ha permitido eso... ya allá funciona esto. Voy a ver si lo aplico, bueno no me funcionó, voy a hacer lo que hace la otra”.

V. Agroecología y Mujer

En conjunto, los testimonios de Katherine, Lilis, Dayana y Sarmis dan cuenta de una agroecología colectiva, donde cada intercambio de saberes y experiencias

se convierte en la reafirmación de un compromiso profundo de las mujeres por una agroecología transformadora.

Este enfoque no se limita a la producción de alimentos: también genera vínculos sociales y comunitarios, fortaleciendo el tejido social y la capacidad de autogestión en los territorios. Los intercambios de semillas, conocimientos y prácticas agroecológicas movilizan oportunidades para el fortalecimiento de la agencia femenina, consolidando territorios más justos y resilientes desde la voz y la acción de las mujeres.

La agroecología, en este sentido, se configura como un proceso político, pedagógico y cultural, donde las mujeres lideresas no solo preservan la biodiversidad, sino que también transforman las relaciones sociales, abriendo camino hacia una gobernanza ambiental inclusiva y equitativa.

VI. Conclusión

Las historias de vida relatadas evidencian que el liderazgo de las mujeres mojaneras trasciende la producción agrícola y se convierte en un proceso integral de cuidado y transformación. Ellas cuidan la vida y el territorio, rescatan saberes ancestrales, enseñan, organizan y movilizan a sus comunidades. Cada acción y cada siembra han generado nuevas formas de relacionamiento, mostrando que el cuidado rural es también una forma de resiliencia y esperanza para La Mojana.

Este territorio, frecuentemente narrado desde sus problemáticas, hoy florece gracias a la acción colectiva de mujeres y hombres, quienes han demostrado que la agroecología, la organización comunitaria y la recuperación de la memoria cultural son pilares para construir un futuro más justo, sostenible y resiliente.